



Busto del Caudillo



José Antonio

EMILIO ALADREN

ESCULTOR

Por

JOAQUIN DOMINGUEZ

Después de darle tierra, nos volvimos. Abajo la ciudad ardía. El sol dominguero. Cuesta de Claudio Moyano fuimos comprando libros viejos y papelotes. Pero todo nos recordaba al amigo definitivamente ausente. Aquel ejemplar de firma conocida. Aquel grabado donde discutimos el color y el estilo. La despedazada revista que asomaba con el chocolate del «hueco» una escultura suya ilustrando el artículo fundamental. Todavía no teníamos la sensación de que había muerto. De que le habíamos dejado hasta el Juicio que ya nunca nos veríamos. Pequeña y triste filosofía de ver cómo el mundo marchaba y la niña corría detrás de la pelota de colores que se le escapaba por la cuesta abajo, y los novios que se unían fuertemente las manos y sólo miraban el paisaje circular de sus ojos.

Y para Emilio este sol y esta mañana no contaban. Nosotros seguíamos cumpliendo años, y el mismo tiempo, para él, eran años raros. No eran palabras fáciles las que salían en su recuerdo. No podíamos hablar como si faltase, porque entonces—y aun hoy—no nos habíamos acostumbrado a su ausencia. Emilio era de esos amigos que se comparten hora a hora contigo la oficina, el almuerzo y las diversiones, pero le encontrases donde fuese, con los intervalos más largos o más cortos, siempre era un amigo lleno de interés, de palabras de ingenio, de cordialidad. Tras un viaje juntos, en que vivíamos unidos, podíamos llegar a la estación y ya no verle en tres o cuatro meses. Pero si coincidíamos otra vez, podíamos asegurar que las últimas palabras con que nos despedimos se ligaban perfectamente con las primeras del saludo, sin la más ligera señal de discontinuidad de frialdad. Virtud incomparable de su amistad y simpatía, de su buen corazón. Porque Emilio era, como vulgarmente se dice, un pedazo de pan. La bohemia pesaba sobre él como un aire lejano que le apartaba del menudo mundano que le rodeaba. Él vivía en su nube, en su plataforma, y a él no le llegaban pequeñas oleadas, ni sacas, temporales. Enhiesto, su simbólico cincel en la mano, había que conocerle a fondo para saber que él era lo primero, y ante todo un escultor. Y que si vivía con limpios cuellos blancos, línea fina, bigote y al borde de las conversaciones y los lugares intrascendentes, es porque tenía un señorío y una elegancia espiritual que le hacían comprender que ser bohemio de caspa y laúd, de miseria y rotura era una figura retórica para ópera o para novela de final de siglo. Pero él gustaba de ese aire trasnochado y loco donde la amistad salva el hambre y la sed y donde el amor es el dios omnipotente ante el que se rinden amigos y conocidos. Por eso Emilio recordaba siempre—como todos nosotros—los días de «Villa Amparo», en Burgos, adonde la guerra llevó hasta el borde un grupo de amigos que nos queríamos y agrupábamos con la incertidumbre sobre las cabezas. Y allí pasaban los que venían del frente y necesitaban cuarto aparte para dejar su natural estado de trincheras. Y allí discutía Dioni con Emilio mientras Ansuategui o Ercilla se desesperaban. Y allí fundía sus primeros bustos, con los que fué haciendo la historia en bronce del Movimiento. De repente, sin explicar nada, sin palabras se iba a Silos, se encerraba en una celda y en ratos perdidos seguía